

«Bimba, non mi guardàre» (Muchachita, no me mires...). Pero las cosas terminaron allí.

Quizá recordaría a la bella propagandista rusa Helena M... que le decía «Benitouchka» y lo despertaba a mitad de la noche para hablarle de Karl Marx. Tal vez no había olvidado todavía a alguna de esas muchachas de Frioul...

Pero, de repente, no existió para él más mujer que Raquel. La muchacha no aportaba más que sus bellos cabellos, su corazón fiel. A su vez Benito sólo podía ofrecerle su cabeza llena de frases, sus ojos conquistadores y su ruín porvenir de intelectual muerto de hambre.

Pero el uno convenía a la otra, y la pobre señora Rosa tuvo que resignarse una vez más.

La pareja se instala en Forlì, en una pequeña habitación de obrero. Raquel se ocupaba de todo: de la limpieza, del lavado, de la cocina. Cuidaba el rebaño. Hacía calceta.

No ha cambiado en nada. Se le puede preguntar hoy: ¿Qué hacéis, doña Raquel? Responderá al momento: «Me ocupo de mi casa». Y eso es cierto en 1937 como lo fue en 1910 o en 1914.

No es fácil la vida en la pequeña habitación de Forlì, sobre todo después del nacimiento del primer hijo: Edda, hoy condesa de Ciano. Tienen ciento veinte liras mensuales para vivir, ni un céntimo más. Y Benito no puede trabajar con más ahinco. Además de su secretaría remunera-

da por la Federación periódica semanal *Clases*, en el cual hasta las fajas del impresor, a me escasas liras de Raquel no protes mes y eso será t viste—el único q meses más.

No son esas sino el humor de ciendo más tacit risa, su hermosa más que nada de lucha en las filas cres y débiles. Lo *tallarines*.

Doña Raquel llegar por las noc ojos y los dientes

Benito exclama

—¡Raquel, Ra haremos nunca la

La valerosa m los zapatos.

—Pero sí, tú tas, Benito. Quier has terminado la nable?